

CLAUSURA: EL FUEGO, LAS LLAMAS, LOS RESCOLDOS

Chantal Maillard

Me ha sido encomendada la *Clausura* de estas Jornadas. Se supone que debo clausurar: cerrar, dar por concluido un tiempo, en este caso, el que hemos dedicado a la reflexión sobre las emociones.

No nos hace falta haber estudiado las teorías de A. Ellis y su psicoterapia racional-emotiva para saber hasta qué punto son responsables las palabras de nuestros estados de ánimo. Por si hubiese alguna duda, el Profesor Martínez Freire nos ha ofrecido una muy clara exposición en la que procuró mostrarnos que las emociones pueden entenderse como evaluaciones cognitivas, lo cual implica que vienen dadas por el lenguaje o código que hemos utilizado para su formulación.

Teniendo en cuenta la posibilidad que esto nos brinda para, modificando la expresión, modificar nuestro estado de ánimo, prefiero no cerrar nada. Prefiero pensar que el tiempo se abre, o continúa. Y creo que, además, esto es lo más adecuado en este caso considerando que mucho de lo que se ha dicho aquí en estos días ha abierto perspectivas, al menos para la reflexión.

Continuaré, pues, este debate abierto con lo que no quisiera que se confundiese con una conferencia; digamos, con una no-conferencia que tratará de los volcanes.

En su magnífica intervención, José Luis Pardo nos invitó a considerar que toda emoción es ficticia porque se da en/con una representación o, mejor, como resultado de la misma. Esto no debe llevarnos, pensaba, a entender la vida como una obra de arte, pues, además de ser una idea peligrosa, supone que nos habríamos de convertir en observadores perpetuos de nuestra propia vida, y esto sería, ciertamente, muy cansado. Tal vez tenga razón. Pero como no está aquí, ahora, para defenderse, voy a permitirme llevarle la contraria.

Supongamos que no se trata de convertirnos en observadores sino en actores o artistas de nuestra propia vida. Puesto que la existencia es ante todo acción, no debería cansarnos. Supongamos, además, que haya dos tipos de conciencia. Que las haya, o que las pueda haber, pues la segunda, dada nuestra cultura, requiere, para utilizarse en lo cotidiano, haberse ejercitado en ella. La primera conciencia sería objetivante; es la que paraliza el suceso y la que dice «yo». De esta conciencia pueden contarse al menos dos modalidades históricas: una, muy antigua, que inventó Occidente al tiempo que el sentido de culpa, aquel testigo impertinente que se embosca tras las puertas de nuestra piel y juzga, aprueba y condena, y gracias a la cual salen ganando siempre Woody Allen y los psicoanalistas, y otra, la del

«hombre teórico», la que se sitúa en el punto del «sí» y a partir de allí traza diagramas con todo lo demás formando sistemas *explicativos*. (Ex-plicar: desplegar. Se despliega, pues, la trama, y se la ex-pone para su posterior comprensión, es decir, para la formación del concepto, el cual la replegará una vez haya sido asimilada de esta manera concreta). Esta conciencia objetivante es la que nos produciría, indudablemente, un cansancio mortal si le encargásemos la tarea de aplicar sus métodos a nuestra vida en su conjunto.

Pero, aparte de ella, está la otra conciencia, aquella que sin dejar de participar en el juego, ve, atiende, contempla, no desde la distancia habitual, sino con la distancia del que asiste a un espectáculo, aquella que no sólo permite sino que propicia la empatía. Es la conciencia del espectador, una conciencia a la que podríamos denominar «estética» pues sobre ella, a partir de ella, es posible construir. Aquello que observamos se convierte entonces en obra. Y en ese construir, como en todo hacer arte, no hay un sujeto que hace y deshace sino que la obra misma al construirse va trazando las trayectorias, va tejiendo la red, una red en la que el individuo también se va haciendo. La obra hace al individuo al tiempo que él la hace a ella. Obra e individuo son el efecto de un construirse, el cual ya no cabe pensar que lo sea de un sujeto en el sentido moderno del término.

Esa conciencia, me consta, es capaz de vivir una emoción y, simultáneamente, saberse viviéndola. (No es imposible simultanear dos planos: vivir y verse vivir, aunque no desde los mismos ojos.) Esa conciencia otra no interpreta, y no lo hace porque no es una conciencia «social»: no necesita poner orden ni justificar. Con ver le basta para situarse en su sitio en el entramado universal. Ella sabe distinguir entre las emociones que surgen como resultado de la asimilación de los códigos y las que no, sabe distinguir entre los rescoldos y las llamas.

Lao-tsé hablaba de las falsas virtudes, aquellas que inventamos cuando hemos perdido el Tao, la armonía interior que es a la vez el acuerdo con las confluencias del universo. Desechad la Justicia, decía, y los hombres recuperarán la piedad filial... desechemos la Caridad, y recobramos el amor... Se trataría, como pensaba el sabio taoísta, de remontarnos al origen. Se trataría de reconocer el fuego en sus rescoldos, recorriendo el sentido inverso al de la lava de un volcán.

Los códigos se construyen sobre las huellas de un orden anterior. No son sino residuos o signos de lo que hubo. Y en este sentido se pronunciaba también Fernando Pessoa cuando escribía que la belleza y la moral son como las llamas: simples señales de combustión.

Habría que poder averiguar de qué fuego son señales nuestros sentimientos aprendidos, aquellos que han nacido a partir de los códigos, las costumbres, las herencias emotivas. (Los sentimientos: emociones a las que la mente imprime permanencia.)

Habría que averiguar de qué fuego nace, por ejemplo, la reacción de huida, rechazo o asco que tanta gente tiene al contacto o a la vista de una serpiente, o de una rata, o incluso de un ratón... De qué fuego: de qué Miedo. De qué fuego nace o es residuo la tristeza que sentimos en un entierro porque en un entierro «se está» triste, o el cariño por un hijo acorde con el «amor materno» que «no puede no

sentirse». Convendría saber de qué fuego es esa cólera que surge ante aquello por lo que nos sentimos ofendidos porque «eso ofende»... Comprender de qué fuego proviene el deseo al que llamo amor y no es sino el deseo del deseo del otro. Comprender hasta qué punto sentimos más en palabras que en fuego, hasta qué punto nuestras emociones son rescoldos, huellas de lo que pudo haber o haber sido... Hasta qué punto somos la tribu que siente a través nuestra...

Puede que todo aquello a lo que llamamos «emoción» se manifieste culturalmente, pero hay diferencias: unas responden a los estímulos mismos (el miedo a un animal peligroso, por ejemplo), y otras a adhesiones sociales (el miedo a los ratones). Se teme a un animal peligroso porque se sabe que puede poner en peligro nuestra vida, pero se tiene miedo a los ratones *porque los ratones dan miedo*. Los primeros son llamas, los segundos, rescoldos.

No hay emociones falsas así pensaba Hume: nadie puede decirme que no es cierto que me duela cuando digo que me duele (a no ser que mienta, claro), nadie puede decirme que no siento miedo cuando lo siento. Pero sí que me puedo «inventar» las emociones en mayor o menor medida, en la medida en que la reacción emocional está dictada por patrones culturales. Hay, indudablemente, emociones *kitsch*, aquellas que son provocadas por la redundancia ficticia de estímulos culturalmente asociados a las reacciones esperadas.

A veces, el fuego brota como la lava, sin razón -no siempre hay razones para todo lo que escapa o desborda. Hay una energía que bulle -a eso se le ha llamado vida- y no siempre tiene que haber procesos que puedan explicarse. Nombrármolos lo que desborda, y después nos lo creemos, nos creemos las palabras que dicen lo que desborda, y sobre ello se monta un argumento. Y el argumento nos confirma la explicación, y así parece que todo encaja.

Ese individuo que se siente agredido, que se siente amar, que se siente triste, no hace sino sentirse a sí mismo, sentirse en una de las modalidades del sí mismo, una de las formas del yo que se ocupa en sí mismo. Las emociones son la gran estrategia del yo para no dejar de ser en su particularidad, contra los otros, frente a los otros; emocionarse es decir «yo entre los otros», es importarse a sí mismo, realizar esa importación de lo ajeno hacia dentro, ser importante: portar dentro de sí lo ajeno para sentirse ser más y así poder sentirse más, más intensamente propio.

Por eso, las vías de trabajo interior (las que aprendemos de Oriente) apuntan, todas, a un distanciamiento del yo que sitúa las emociones en otro plano: el de la ecuanimidad. Y se entiende mal estos métodos si se piensa que esto equivale a una anulación de la «vida». Más bien se trata de recuperar el fuego, aquel fuego que conocemos, las más de las veces, tan sólo por sus rescoldos.

Recordemos una vez más la crítica que Goethe le hacía al espíritu científico de su tiempo:

«La inconstante libélula
revolotea al aire de la fuente.
La contemplo desde hace tiempo.
Oscura a ratos, brillante ahora,

como un camaleón tornadiza.
 Roja en seguida y luego azul,
 azul que es pronto verde.
 ¡Quisiera ver de cerca sus colores magníficos!
 Mas su vuelo no cesa.
 Suavemente, se ha posado en la hierba.
 ¡Aquí está! ¡Ya la tengo!
 Puedo verla despacio.
 Y no es más que un triste oscuro azul.
 Así pasa contigo, que analizas tus alegrías».

Sin embargo, yo sí creo que las emociones tienen su campo de análisis: el campo de la tribu, aquel territorio donde los usos y las tradiciones regulan el fuego. En aquel territorio, los guardianes (llámense ideólogos, educadores, modistas, inspectores de Hacienda, etc.) encauzan sus llamas, las controlan, a menudo las apagan, y cuidan los rescoldos porque son útiles y manejables. Cuestión de poder, cuestión de estrategias. Todo ello es analizable, porque entra en el campo de lo político. Las emociones son el síntoma de esa enfermedad llamada existencia y a partir de ellas, o de su posibilidad, se establecen las normas que amparan los intereses.

Pero hay otro campo que no es analizable, un territorio al que sólo se puede uno asomarse -y no sin vértigo-: el territorio del fuego. A él se acude por mediación de cada una de las llamas, remontándolas con la conciencia que contempla. En el borde del volcán asistimos a su más pura inestabilidad. Las llamas danzan y al danzar toman el color de aquello que consumen. Cada llama viste el color del objeto sobre el cual el deseo se proyecta. Pero independientemente del color o la intensidad, la llama, toda llama le pertenece al fuego. Es fuego. Y el fuego, cuando arde en sí mismo, no tiene color porque el material de combustión, entonces, no es cualquier objeto que se rechace o se posea, sino uno mismo.

Quisiera, si me lo permiten, leerles, para terminar, un fragmento (anónimo sin duda) que bien pudiese haberse escrito desde el estado que esa conciencia procura -o tal vez no :

El corazón abre una puerta, una puerta al instante y a su intensidad. Una chispa, y existe. Es de fuego, y existe. La mente, como un espejo, refleja la chispa sin quemarse y prolonga aquel fuego frío repitiéndolo hasta el infinito. Obsesivamente lo va repitiendo y alimentándose de sí misma va creciendo la mente que no es sino reflejo, el reflejo de su objeto, cada vez más sólido, cada vez más insistente, cada vez más familiar. Hasta que lo nombra, la mente-reflejo nombra su reflejo, y nombrándolo se nombra a sí misma, y su nombre es «yo» y el nombre del reflejo se posa sobre el «yo» como se posa un pájaro, a modo de atributo, y el «yo» se siente «algo», se siente *ser* por su atributo, se siente ser algo. Pero el corazón, mientras tanto, bajo la presión obsesiva del reflejo, empieza a doler. Duele porque no puede arder. Sólo arde el fuego frío

que arde a solas para sí mismo, arde en futuro y en pasado, cruje con el gemido de la repetición. No arde el corazón porque la mente va pariendo sobre él un sinfín de seres clónicos que le asfixian, humo que asfixia impidiendo el estallido de las chispas. Cuando la voluntad irrumpa rompiendo los espejos los seres se difuminarán, desaparecerán las creencias y el corazón empezará a palpar de nuevo, libre de falsos testimonios.

No levantéis falsos testimonios: confundiréis lo cierto y lo erróneo, lo falso y lo valioso. Dejad que la mente discrimine entre las formas que adopta la materia y guíe entre ellas nuestro cuerpo, pero no dejéis que penetre en el espacio ardiente y levante falsos testimonios.

Quiero dar las gracias, en nombre de nuestro Departamento y más especialmente en el de los Organizadores de este Congreso, a las personas que nos han prestado su ayuda desinteresadamente, a todas las que han aceptado viajar hasta aquí para acompañarnos en esta propuesta, y a todos Uds. por saber escuchar.

Dicho esto, declaro, pues, **ABIERTAS** estas Jornadas.